

MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 6 de junio de 1990

Excmo. y querido Sr. Pro-Nuncio Apostólico.

Queridos sacerdotes, queridos hermanos y hermanas:

Por la unción del Espíritu Santo constituyó Dios Padre a su Hijo Mesías y Señor, de modo que se cumpliera en Él lo que anunciara el Profeta Isaías: el Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido.

Se ungían en la antigüedad los hombres y mujeres que se preparaban a una acción. Ungía sus músculos con aceite el atleta para disponerse al esfuerzo. Se ungió con perfumes la Reina Ester para ir a hablar al Rey en favor de su pueblo. El profeta Samuel ungió a David, el más pequeño de los hermanos, para comunicarle la fortaleza de Dios para regir a su pueblo.

Jesús reconoce en la sinagoga de Nazaret que el texto profético que Él mismo había proclamado se cumplía en su persona, Dios lo ungía para una misión: dar la Buena Noticia a los pobres, anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista.

Estas tres categorías de hombres: los pobres, los cautivos y los ciegos deberían beneficiarse de su venida.

En primer lugar, los pobres de todos los tiempos, los miserables sin pan ni abrigo, los iletrados y sin posibilidades de abrirse paso, los marginados por la vida y por la sociedad y también los que tienen un espíritu abierto y desprendido. Ellos son los primeros en recibir el anuncio y en entrar en el Reino de los cielos porque son sencillos. Muchos de ellos parecen no comprender nada, pero entienden lo esencial; no interpretan los discursos llenos de precisiones de los doctores de la ley, pero saben quién los ama de veras. Los pobres son, pues, los primeros a quienes se dirige el mensaje de Jesús y los primeros en captarlo, porque para ellos es connatural el lenguaje del amor. Los cautivos son los hombres y mujeres que se hallan enredados en leyes, prescripciones y maneras de pensar, son los que «lavan la copa por dentro y por fuera antes de tomar en ella» porque así lo prescribe la ley y no comprenden que lo que mancha al hombre no es lo que entra de fuera, «sino lo que sale del corazón». Cautivo es también el rico que atesora cada día pensando en sí mismo y a quien hay que recordar con vehemencia que es insensato: que ¡hoy mismo Dios puede pedirle su alma! Cautivo de su pecado es el pecador, el que extorsiona a su prójimo, como Leví o como Zaqueo, la que no sabe acallar sus ansias de amor sino amando mal y pervirtiendo el mismo amor, como la Samaritana.

A todos estos esclavos de criterios propios o ajenos, de preceptos fríos y sin vida, del dinero o del sexo, ha venido a liberar Jesucristo. Su liberación alcanzará la sociedad entera pasando necesariamente por la liberación interior del hombre de toda cautividad.

El poder del Espíritu que ha ungido a Jesús puede sanar también a los ciegos. Solo es necesario que aquel que no ve le diga con corazón humilde: ¡Señor, que yo vea! y Jesús obrará el milagro. Pero la curación del ciego de nacimiento no es tan difícil como la iluminación de las mentes y de los corazones de quienes no quieren ver. En el Evangelio de Juan, el drama del pobre ciego sanado por Jesús, ante quien el pueblo se divide, la familia se abstiene y las autoridades religiosas toman la decisión de condenar, termina en una confesión de fe del que había salido de sus tinieblas: «¿Crees tú en el Hijo del Hombre?... Creo, Señor», y en una reafirmación de la oscuridad de corazón de los

fariseos que acusan a Jesús de llamarlos ciegos precisamente a ellos, que se creen en posesión de la verdad. «Para un juicio he venido yo a este mundo, para que los que no ven vean y los que ven se queden ciegos».

Se cumple así en Jesús lo que el mismo San Juan anuncia en el prólogo de su Evangelio: «La Luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió».

Jesús, ungido por el Padre con la fuerza del Espíritu, cumplió perfectamente su misión, pero llegó hasta Él el joven rico, que era dueño de muchos bienes y no pudo «vender todo lo que tenía» y se quedó sin oír la Buena Noticia que es para los pobres; salen a su encuentro los encadenados por el demonio y le gritan: ¿qué hay entre tú y nosotros, Jesús de Nazaret?, porque no querían ser liberados de su cautividad. Y los ciegos, ¡ay los ciegos!, aquellos que son víctimas de la ceguera del alma, los que no quieren ver... Estos, que podían haber sido iluminados por Cristo, han quedado más bien juzgados y condenados por la Luz.

Queridos presbíteros: ustedes, por la ordenación sacerdotal, participan de la misma unción de Jesús. El Espíritu de Dios tomó posesión de todo su ser para asociarlos a la misma misión de Cristo: llevar a los pobres de hoy el anuncio salvador, liberar a los cautivos de sus condicionamientos y de sus prejuicios o temores, de sus vacíos espirituales y para esclarecer, dar luz, iluminar al que humildemente les diga que quiere ver. Para esta misión, ustedes mismos deben ser hombres liberados, invadidos internamente de tal modo por el Espíritu Creador que no quede espacio para un yo posesivo o egoísta.

Libres de un modo excelso por la pobreza y la castidad para luchar contra las cautividades que más oprimen interna y externamente al hombre: la de los bienes materiales, la de los afectos o placeres desenfrenados.

El Espíritu con el que están ungidos es Luz que ilumina sus mentes y corazones. Si son dóciles a él por la obediencia, estarán siempre disponibles y radiantes para llenar de luz a sus hermanos.

La unción sacerdotal los ha capacitado ciertamente para su misión. Pero como en Jesús, su acción pastoral va a encontrar a ricos y a suficientes que no quieren hacerse pobres en el espíritu y se tapan sus oídos para no escuchar la Buena Nueva. Hallarán también a muchos cautivos (y ese es el caso en la hora presente del mundo), que ni siquiera comprenden que lo son y parecen sentirse felices en una vida sin otros horizontes que el inmediato quehacer y algunos pobres placeres. Y están también los que una ceguera del corazón les impide ver la Luz de la verdad, del bien o del amor.

Que nunca el desaliento prenda en sus corazones sacerdotales, queridos hermanos.

La única respuesta de Jesús ante los corazones endurecidos, ante quienes cerraban sus ojos a la luz, fue la de reafirmar la originalidad de su misión. Nadie más que el padre lo enviaba. Solo el Espíritu de Dios lo animaba. Sus obras y el Espíritu daban testimonio de Él. Y no buscó testimonios humanos. Se afianzó en la naturaleza sublime de su propia misión: ser sacramento del amor eterno del Padre ante los hombres. Los que son de Dios escucharían su voz.

También los sencillos, los pobres, los que son de Dios, escucharán la voz de ustedes. Esta voz no dice nada nuevo, repite siempre la misma y eterna verdad que enseñó nuestro Maestro: «Ámense unos a otros», y nos invitará con dulce y exigente acento a llevar hasta

el extremo este amor, «porque si ustedes aman a quienes los aman, ¿qué mérito tienen? Se dijo a los antiguos ama a tu amigo y odia a tu enemigo, yo les digo más, amen a sus enemigos y recen por quienes los persiguen para que sean hijos del Padre celestial que hace salir todos los días el sol para buenos y malos y manda la lluvia a justos y pecadores».

Esta palabra que les dice su Obispo a ustedes en el día en que renuevan sus compromisos sacerdotales que los liberan de toda atadura para servir a su pueblo, es la palabra misma de Jesús. Este debe ser también su único modo de hablar a sus fieles, a los jóvenes, a los niños de la catequesis, a los ancianos y a los enfermos en el lecho de muerte. Así hablarán en el confesionario o en la conversación amistosa de la sala parroquial. Este es el lenguaje eterno del amor, el único que nosotros sabemos hablar, el que nos invita a perdonar «setenta veces siete», el del Concilio Vaticano II, que no quiso condenar a nadie, sino que nos lanzó al diálogo entre todos y con el mundo. Este es el lenguaje de nuestro inolvidable ENEC, reiterado por nuestra Iglesia cubana con matices renovados para todo nuestro pueblo.

Esta es la línea de acción de la Iglesia en Cuba y en toda la tierra; solo enviada por Dios Padre, solo movida por la acción del Espíritu Santo, viviendo en comunión como sacramento de Cristo en medio de los hombres para sembrar fraternidad, reconciliación y paz en nuestra humanidad ansiosa de estos bienes del espíritu, que son también bienes de la sociedad. Queridos hermanos en el sacerdocio: los invito a leer y a meditar la hermosa carta que el Papa Juan Pablo II ha enviado a todos los sacerdotes en ocasión del Jueves Santo. Allí se traza la vida y acción del presbítero como la obra del Espíritu Santo en cada corazón sacerdotal.

Queridos hermanos y hermanas: Su oración en esta celebración por su Presbiterio y por su Obispo es signo de la unidad de la Iglesia y de su constante deseo de renovación. En último término, renovar los compromisos sacerdotales es renovar el compromiso del presbiterio de servir a su pueblo en el amor. Acompañarnos en esta renovación la Comunidad diocesana, representada por todos ustedes aquí, es reafirmar que toda la Iglesia es un pueblo sacerdotal al servicio de sus hermanos. Como en cada Eucaristía, celebramos la entrega de Cristo por nosotros y por todos los hombres. Bendecimos en esta Misa Crismal los óleos y el Crisma que utilizamos en la administración de varios sacramentos. Por la Eucaristía y por los demás sacramentos, la Iglesia santifica a su pueblo fiel y lo asemeja a Cristo en su ofrenda al Padre y en su entrega a los hermanos. Que cada uno de nosotros haga verdad en su vida lo que celebramos en estos sacramentos.